

dista de pacotilla y es difícil ser periodista a secas.

—¿Qué cambios operaría usted en la actual situación mexicana, si se le diera carta blanca?

—Un cambio radical en la política económica para hacer más justo y más útil al pueblo y a la nación el reparto del ingreso nacional. Es el único camino hacia una prosperidad verdadera y el único medio para hacer de México una nación verdaderamente moderna, con un nivel de vida también moderno para la mayoría de los mexicanos.

—¿Cuáles son a juicio de usted, la principal virtud y el principal defecto del periodismo mexicano?

—El principal defecto ya está señalado en la respuesta a la tercera pregunta: los falsos periodistas metidos a directores o empresarios de periódicos. La principal virtud es la presencia en el periodismo de reporteros jóvenes, inteligentes y honrados.

Pepe toma un pequeñísimo trago de su "chaparrita". Como escritor, José Alvarado es de primera. ¡Cuántos libros hubiera podido realizar! Pero él prefiere entregar sus energías al periodismo. Es un periodista nato, y no se concibe fuera de una redacción. Allí se instala día tras día, se pone sus anteojos, toma notas de muchos papeles rarísimos, y a escribir. Eso sí, cuando está escribiendo, pocas cosas logran distraerlo.

Hugo Latorre Cabal, su compañero de periódico, se dedica a tomarle el pelo: "Ya ves, Pepe, el incomprensivo de José Luis Martínez no te quiso incluir en su *Antología del ensayo*. Esto no se puede quedar así; tienes que retarlo a duelo". José Alvarado nomás menea la cabeza y responde con su vozarrón de cantante de ópera retirado: "¡Este colombiano!"

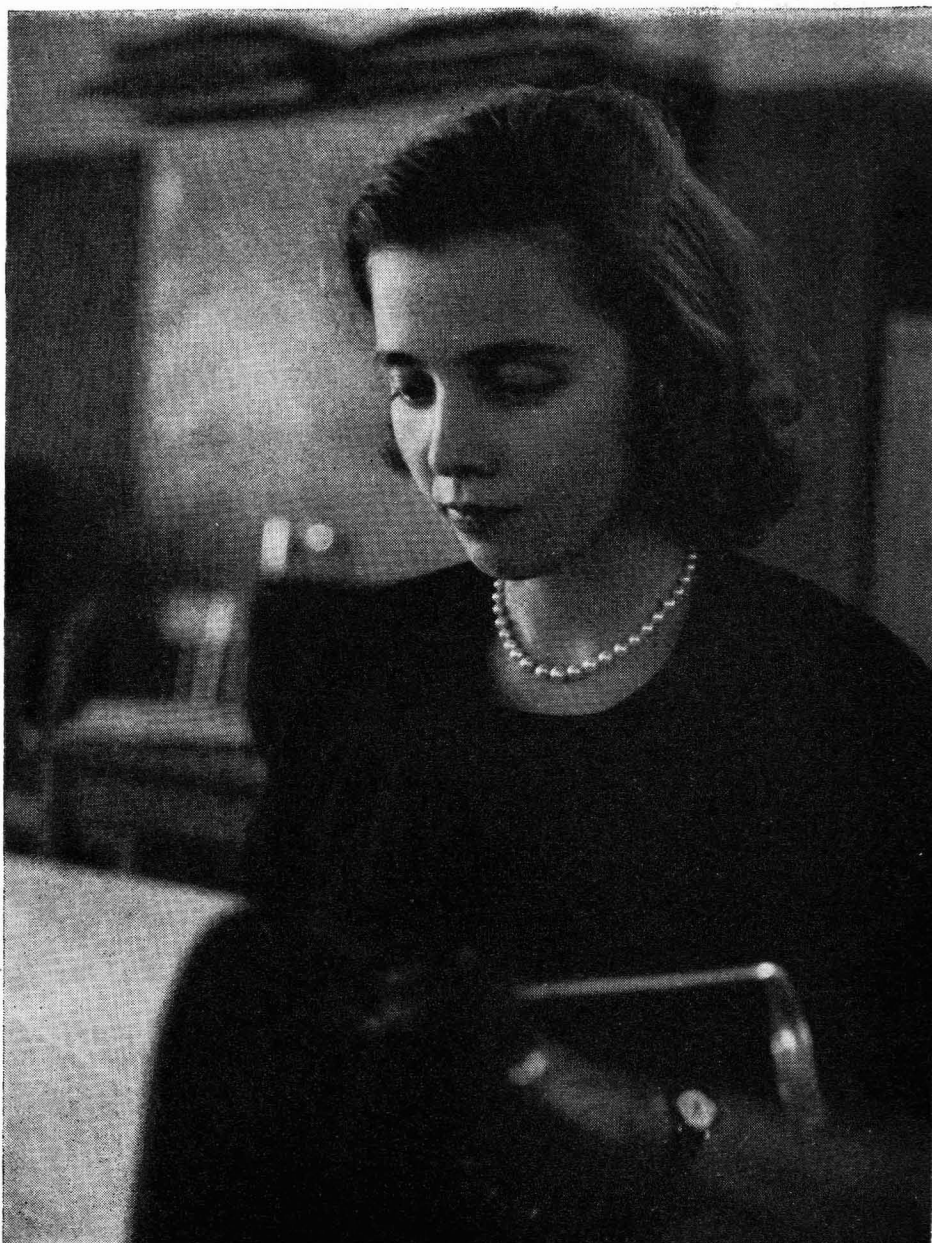
Abel Quezada lo pinta a cada rato en sus "monos". — "Mira nomás, a ese Abel —protesta Pepe— ya me volvió a sacar en sus cartones como ingeniero agrónomo". Y al día siguiente, Abel lo pinta de nuevo en otro cartón, diciendo alguna barbaridad o haciendo las veces de manifestante iracundo. "Quién te manda ser tan fotogénico", comenta Hugo Latorre con su elegante acento sudamericano, impulsando hacia adelante uno de sus cincuenta y seis finísimos bastones (los bastones, los paraguas y las maracas bien templadas son las grandes pasiones de Hugo).

Hace poco Pepe estuvo enfermo. Los amigos no cabían en su casa: porque le tienen mucho afecto... y porque allí preparan una espléndida carne machacada (Pepe es de Monterrey), servida con auténtico mezcal del Norte, que no se puede despreciar.

LOS SILENCIOS DE ELENA PONIATOWSKA

Por Martín PALMA

PARACE salida de alguna mitología. Acaso de la mitología irlandesa, pródiga en duendes, hadas, sirenas, espíritus del agua y de los bosques, y otras delicadas, traviesas apariciones. Es



Elena Poniatowska. "brilla su gracia y se destaca su gran talento"

pequeña. El cabello rubio. La mirada azul, clara y viva. Su voz juega con las palabras, las anima, las trenza en un hilo diáfano, casi infantil.

Pero es una muchacha formal —en el mejor de los sentidos— y desempeña su labor como un verdadero oficio que requiere constancia y devoción. Todo el día se la oye recorrer sin cesar las teclas de su máquina de escribir; únicamente la abandona para salir a la calle, a ver gente, a estudiarla, a buscar material para su trabajo.

En el periodismo mexicano, brilla su gracia y se destaca su gran talento. En cada una de sus entrevistas se transparente esa, tan personal, agilidad suya; esa sensibilidad fresca y ese fácil registro del lenguaje coloquial. A veces sus inquisiciones son francas diabluras. ¡Y en buena hora que lo sean! Nada sacrifica después de todo, sin la eventual vanidad del entrevistado. Si el resultado de la charla es una caricatura, la culpa será siempre del otro interlocutor, que tal fruto propicia con veleidades o pretensiones inoportunas.

A fines de 1954 publicó un libro: *Lilus Kikus*. Un volumen delgado e indefinible, que ya denunciaba gentilmente su vocación literaria. Después, se ha asomado al teatro, al cuento, al poema; actualmente prepara una novela. ("no sé si la terminaré", me dice).

Pero lo más valioso es ella misma, su juvenil espontaneidad, su autenticidad absoluta, su lejanía de toda afectación.

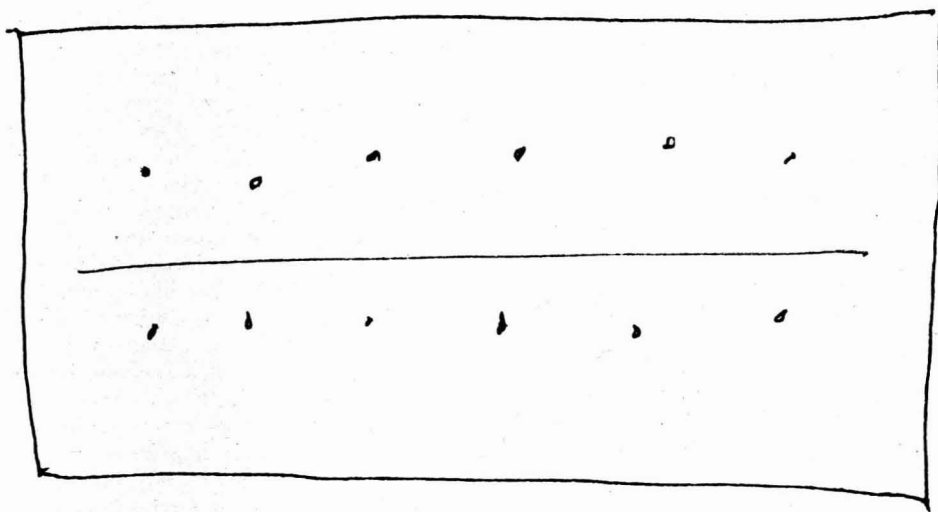
Un día escribirá el libro que puede, merece y debe consumir. Una obra en que ella y sus mejores cualidades estén presentes y sean advertidas en su plena valía. Muchas son las sorpresas que nos reserva, sin duda, este duendecillo rubio, de nariz respingada, perpetua sonrisa y oído abierto al múltiple rumor de la vida.

* *

Elena Poniatowska nació en París. Se educó en Estados Unidos... Y es más mexicana que nuestros más intensos nativos.

(—¿Te casarás con un mexicano, Elena? Ella adopta una expresión enigmática, y me habla del frío que ha hecho durante las últimas semanas.) Habita en una casa inmensa, repleta de muebles antiguos, perros, y retratos de familia, y a la que siempre parece haber entrado volando por la ventana, como la Tinker-bell del *Peter Pan*. Frente a la reja de entrada, un diminuto coche colorado aguarda a su dueña.

Elenita me guía al cuarto en donde redacta sus cuartillas. Una selva de volúmenes empastados y sin empastar, recortes de periódicos, cuadernos; con una mesa en un rincón, una lámpara y un par



Dibujo de Elena Poniatowska. Este dibujo representa seguramente el cielo que se refleja en el agua; en medio está la tierra. Hay un signo similar en el Iking. Es un dibujo cósmico (interpretación de Juan Soriano)

de sillas. Pronto nos encontramos en medio de un agradable y bilateral parloteo. Y...

* *

Es una tentación normal la de improvisar con la entrevistadora una entrevista. Alguna se le ha hecho; y a ella no le gustó. En esta ocasión, se niega con energía: "Yo no he escrito libros ni nada. ¡No, qué barbaridad! La gente dirá que no tengo por qué andar haciéndolas de *vedette*". No valen súplicas, ni argumentos. Elenita repite su rotunda negativa, ahuyenta mi terquedad con un "espérate, espérate", y se pone a pasar en limpio unos apuntes sobre José Alvarado, a quien acaba de someter a cierto complicado interrogatorio. Tac, tac, tac, tac, tic, tac, tac, tic, tic... Durante larguísimos momentos, éste es todo el ruido que se oye en su cuarto de trabajo.

Levanta sus ojos de la Olivetti portátil, me mira, y luego vuelve a ocuparse de su tarea. Frunciendo la pequeña nariz, murmura entre dos párrafos: "A ver, ¿qué podría yo decir?" Le respondo que la mar de cosas; que en realidad, sus comentarios suelen ser más interesantes que las declaraciones obtenidas por ella; que sus numerosos lectores desearían saber las ideas privadas y profesionales de tan célebre figura del periodismo. "Pero si déjame que te platique; yo entré al periodismo de chiripa, de puritita casualidad", replica ella. "Iba yo a irme a Francia, y no quise emprenderla así como así. Discurri aprender antes un oficio, cualquier tontería que me hiciera sentirme alguien; entonces me dijeron que hiciera cosas para un periódico; luego, un señor muy importante y muy amable se dejó entrevistar por mí; y ya ves, me quedé." Elenita sonríe, de perfil, casi dirigiendo su sonrisa a la ventana. Y reanuda el tac, tac, tac, tac, tac, tac. La interrumpo para preguntarle qué opina de sí misma. Se alarma. Esconde su cara entre unos papeles, y exclama: "¡Ay, pero qué horror de pregunta!" Bien, cambiaremos de conversación. Para tranquilizarla, le propongo, como quien no quiere la cosa, en plan de adivinanza, que me diga cual es la mayor virtud posible en el hombre, y cuál en la mujer. Me parece que una cuestión así de objetiva, de rutinaria, calmará sus escrúpulos. ¡Oh lamentable equivocación! Comienza a regañarme como si fuera una gatita experimentada instruyendo a un gato recién nacido: "¿Qué diferencia tan tremenda te figuras que haya entre un

hombre y una mujer, para que cada uno tenga su virtud característica? A mí me gusta que la gente, sin distinción, se interese en todo y en todos. Y ya te conozco, luego querrás saber cuál es el mayor defecto posible en los seres humanos, y quién sabe qué; pues me adelanto y te contesto que eso... que eso sí no sé." Respuesta digna de Sócrates, que me hace perder el empuje y me impone el silencio de la derrota. Tac, tac, tac...

¿Derrota? Eso nunca. Después de mucho cavilar, me viene una idea salvadora. Violando su afanosa concentración en la máquina, tomo una hoja en blanco, garateo allí: *Si no te parezco indiscreto, Elenita, confíame tu principal ambición*, y la pongo encima de la Olivetti. ¡Eureka, he triunfado! La señorita Poniatowska condesciende a leer mi mensaje. Inclusive alarga un brazo, y con un lapicero dorado empieza a hacer dibujitos abstractos en la hoja. ¡Cuánto quisiera ser psicólogo para descifrarlos! Son unos puntitos sobre una raya, otros puntitos abajo de la raya, y un rectángulo caprichoso que encierra todo lo anterior. Por fin, murmurando: "¡qué chispas!", escribe con una letra esbelta, firme y legible: "Hacer lo que me guste, con la conciencia tranquila y sin perjudicar a los demás."

Me despidió de Elena. Tiene demasiado trabajo, cierto aire de fatiga, y quiere acostarse temprano. Al salir, me obsequia una nueva sonrisa, ahora ya de frente, y que llena todo su rostro: "Te dije que ni por nada del mundo iba yo a contestar tus preguntas tan horribles. Ya no voy a insistir, por favor." Una criada le grita desde adentro: "Señorita Elena, ya está su sopa en la mesa". Alrededor de diez perros, de diferentes tamaños, colores y maneras de ladrar, me acompañan a través del jardín, hasta la puerta.

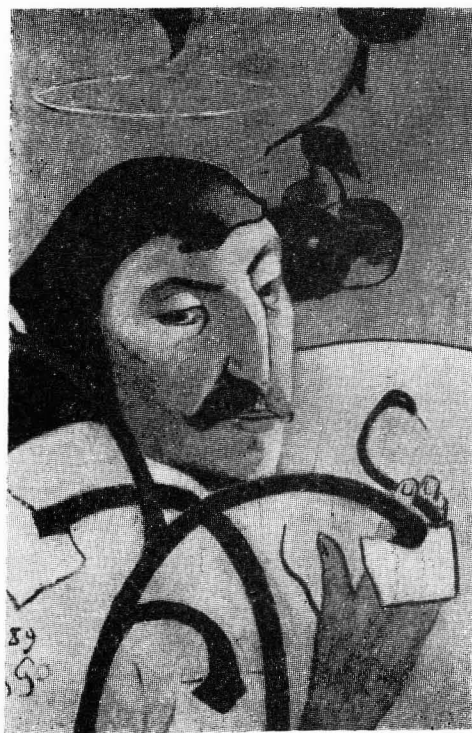
EL ARTE FRANCES

EN LAS COLECCIONES NORTEAMERICANAS

Por Guy HABASQUE

LA PRIMERA impresión que tiene un extranjero cuando visita colecciones y museos norteamericanos, sobre todo si lo hace de manera un tanto sistemática, es la de una increíble, una prodigiosa riqueza. No existe época, civilización, escuela o artista que no esté representado, y la verdadera fiebre que se siente al catalogar todos estos tesoros, sólo tiene comparación con la de un aficionado culto, pero que no hubiera salido nunca de su provincia, y descubriera de pronto en los museos, gracias a un viaje imprevisto, las obras maestras que no conocía hasta entonces más que por reproducciones. Desde este punto de vista, un viaje a los Estados Unidos es para un hombre del siglo xx un poco lo que debía ser el hacerlo a Italia en el xviii. Sobre todo si se trata de un francés. Porque, en efecto, el arte francés, desde el Impresionismo a nuestros días, es uno de los períodos más completa y perfectamente representados en los museos norteamericanos. No sólo hay un acertado panorama de todas las escuelas, tendencias y personalidades más relevantes de estos últimos cien años, sino además, muchas de las más importantes y significativas representaciones de cada una de ellas. Por supuesto no entendemos por arte

francés únicamente la obra de los artistas nacidos en Francia (aunque ésta bastaría para justificar nuestro propósito), sino la de todos aquellos que hayan dado a luz su producción aproximadamente desde 1860, cualquiera que sea su nacionalidad, ya que es París quien tiene la gloria, como en otras épocas Atenas, Roma o Bizancio, de haber sabido atraer a numerosos genios o talentos artísticos extranjeros y de esa manera haber visto nacer en su suelo la mayoría de las obras maestras contemporáneas.



Gauguin. Autorretrato